

EL CUIDADO COMO *ETHOS* ORIGINARIO Y SU REPERCUSIÓN EN EL ARTE DE LA MEDICINA¹

Noé Héctor Esquivel Estrada, doctor en Filosofía; director del
Instituto de Estudios Sobre la Universidad de la Universidad
Autónoma del Estado de México.



Resumen:

Reflexión filosófica sobre el modo de ser humano, como ser en el mundo, ser en relación con el otro y con lo otro; el cuidado como modo fundamental del ser humano, como *ethos* y su implicación en la salud del cuerpo.

Introducción

Deseo compartir con ustedes algunas ideas y reflexiones que se concretizan en los siguientes cinco puntos, a saber: 1. Nuestro modo de ser humano, como seres-en-el-mundo; 2. Somos seres en-relación-con-el-otro y con-lo-otro; 3. El cuidado como modo fundamental del ser humano; 4. El cuidado como *ethos*; y, 5. El cuidado y su implicación en la salud del cuerpo.

Para reflexionar: ¿serán importantes estas cuestiones para que nos ocupemos de ellas en la vida universitaria? ¿Qué tienen que ver con nuestra educación y formación humanas? ¿Acaso podemos prescindir de algo tan indispensable para la vida del ser humano hoy como lo es la ética, los valores, la conducta responsable? ¿No será que nos estamos olvidando de nosotros mismos?

1. El ser-en-el-mundo del hombre

Para Heidegger, el hombre es un ente que comprende su propia existencia; es el único ente que sabe y da cuenta de su existencia como ser-en-el-mundo. Sin embargo, no es suficiente con saber que el hombre está-en el mundo, de manera espacial, como una cosa. El estar-en del hombre es un "existencial" que lo diferencia de los demás entes y no puede entenderse como un simple estar-juntas dos cosas. Estar-en-el-mundo es esencial al ser del hombre, no es una ocurrencia ni un capricho ni siquiera una "propiedad". Ontológicamente, son dos modos diferentes de estar-en, como existencial y como un ente que está



¹ Las ideas expuestas en este artículo forman parte de la conferencia magistral dictada en el Foro "Hermenéutica-Medicina-Voluntades Anticipadas-Bioética", realizado en la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma del Estado de México, el 8 de diciembre de 2017.

ahí (como cosa), por ejemplo: el traje está en el armario, pero no así el estar del hombre. Como existencial es ontológicamente "cuidado". El carácter existencial del ser del hombre es fundamentalmente diferente del ser del ente que está-ahí (la cosa), razón por la cual el ser del hombre se develará como cuidado.

Existe un aspecto sumamente interesante que Heidegger expone cuando se refiere al carácter ontológico del hombre en su estar-en-el-mundo, éste consiste en que el hombre comprende su estar-en-el-mundo y las cosas que están en éste no son él mismo, pero viven juntos y comparten el mundo.

Si el estar-en-el-mundo del hombre es esencialmente "cuidado", entonces se relacionan la "ocupación", es decir el cuidado de las cosas, la "solicitud", es decir el cuidado por los otros, y el "cuidado de sí". Todos ellos nunca de forma aislada.

2. El hombre como modo de ser-en-relación-con-el otro y con-lo otro

El ser-en-el-mundo del hombre es ser-en-relación-con, es decir, establece un vínculo relacional con el otro y lo otro a modo de cuidado, atención, cultivo, etcétera, y su modo de realización es en la vida cotidiana.

¿Cuál es el sentido y el lugar de la "naturaleza" como lo otro? Dice Heidegger: "La 'naturaleza' que nos 'rodea' es sin lugar a dudas un ente intramundano, pero no tiene el modo de ser ni de lo a la mano ni de lo que está-ahí a la manera de una 'cosa natural'"² (Heidegger, 2003, p. 232). No es un ente que quede a nuestra libre disposición, de modo que podamos hacer con ella lo que queramos.

En el modo de relación con el otro se ubica la naturaleza, que no puede ser reducida tan sólo a un simple objeto, como normalmente se le reduce a nivel de conocimiento, haciendo de ella una cosa.

Entender el estar-en-el-mundo como co-estar lleva necesariamente a la pregunta ¿quién es el hombre en la cotidianidad? Trataré de explicar estas cuestiones situándome en el camino correcto de la pregunta.

Estas consideraciones nos abren la posibilidad para descubrir y enraizar cuál es el sentido del hombre en relación con las cosas que se encuentran en-el-mundo y en relación con-los-otros.

En una primera aproximación a estas ideas se corre el riesgo de pensar que la relación con las cosas en el mundo podría ser limitarlas a "útiles" a la mano y que sólo la relación con los otros hombres podría salvar ese carácter utilitario.

Esta forma de relación con lo otro y con los otros siempre es y sigue siendo problemática. Partimos del supuesto de que la relación con los otros, de hombre a hombre, es y debe ser en base a la misma esencia compartida, pero esto es solamente un supuesto. Para algunas perspectivas actuales, la relación con lo otro también adquiere la dimensión del otro pues tiene su propia "dignidad" que no necesariamente es inferior.

La cotidianidad del hombre es la forma como éste se relaciona diariamente con el mundo. Hay dos formas de ocuparnos de las cosas que están en el mundo: a) objetivándolas, haciendo de ellas simples cosas y, b) descubriendo lo que significan para nosotros, es decir reconociéndoles su valor.

3. El cuidado como modo fundamental del ser humano

La definición nominal del término "cuidado" —del latín *cura*— tiene para nosotros una significación eminentemente existencial; es decir, se vincula directamente con nuestro modo de ser humano: es decir, en relación con el otro y con-lo otro. En este sentido, Boff hace la recuperación de su significado etimológico:

El cuidado sólo surge cuando la existencia de alguien tiene importancia para mí. Paso entonces a dedicarme a él; me dispongo a participar de su destino, de sus búsquedas, de sus sufrimientos y de sus éxitos, en definitiva, de su vida. 'Cuidado' significa, entonces, desvelo, solicitud, diligencia, celo, atención, delicadeza (Boff, 2002, p. 73).

Precisamente, éste es el modo de ser humano. Si logramos entenderlo y resignificarlo en esta dimensión, entonces el cuidado se vincula directamente con toda nuestra existencia, es decir, es nuestro compañero de camino. Su expresión más palpable se hace patente en la responsabilidad. En esta resignificación se transforman los conceptos de existencia y vivencia para ser co-existencia y con-vivencia; es decir, nuestro modo de ser-en-el-mundo en relación con las cosas y con los seres humanos es co-existir y con-vivir juntos.

² Sin embargo, el modo de ser del *Dasein* no es sólo estar-en-el-mundo al modo de los demás entes, sino su estar es estar en medio de los entes intramundanos.

Desde la perspectiva y preocupación de Boff se descubre que el cuidado auténtico voltea la mirada primero sobre sí mismo y desde ahí se ocupa de los otros y de lo otro. El cuidado es inauténtico cuando se expresa de manera obsesiva y ejerce poder de dominación (sea hacia el otro o hacia lo otro).

Para Boff, el cuidado es un existencial que pertenece a la misma naturaleza del ser del hombre. Nos remite al doble sentido: al cuidarse y al cuidar. Cuidarse porque estamos en una condición de vulnerabilidad, de riesgo, de temporalidad y de finitud; y, cuidar como ocupación y preocupación por el otro y lo otro. Sin embargo, hay un tercer sentido asignado al cuidado que consiste en el "principio de precaución" y de "prevención" generado por la creciente degradación de la naturaleza y la amenaza de la especie humana. "Todo cuidado es poco, dada la aceleración de las tecnologías de explotación y la transformación de los recursos naturales. Precaución y prevención son expresiones del cuidado" (Boff, 2012, p.37).

El cuidado en el orden práctico se hace presente a través de una relación amorosa, respetuosa y no agresiva con la realidad. Estamos conformados por esa misma realidad. El cuidado no depende ni de la política ni de la técnica, sino es un *arte*, es decir, abre la posibilidad de una nueva forma de vivir en-el-mundo-con-los-otros y con-lo-otro.

Vinculado con las actividades, actitudes, disposiciones de la vida cotidiana, Boff señala que el cuidado tiene dos tipos de expresiones: a) el cuidado natural-objetivo y b) el cuidado ético-consciente. El primero se refiere a esta disposición-actitud que guardamos para con nuestra vida y todo cuanto nos rodea. Se expresa a través de una actitud amorosa, precavida y preventiva con todo lo que nos conforma y nos es familiar. El segundo, en cambio, "se trata del cuidado natural asumido conscientemente de modo reflejo como valor, interiorizado de forma deliberada y hecho actitud y proyecto de vida" (Boff, 2012, p.24). Lo propio de este cuidado ético-consciente es que responde a un proyecto de vida asumido voluntaria y libremente, adquiere una dimensión social, personal y planetaria.

Así podemos afirmar que el cuidado es nuestro modo de ser fundamental. El cuidado es el modo de ser humano. Un estudio fenomenológico del cuidado nos lleva a descubrir que así se manifiesta a la conciencia como modo de ser. Boff comenta al respecto: "No tenemos cuidado. Somos cuidado. Es decir, el cuidado posee una dimensión ontológica que entra en la constitución del ser humano. Es un 'modo-de-ser' característico del hombre y de la mujer. Sin cuidado dejamos de ser humanos" (Boff, 2002, p. 71).

DESDE LA PERSPECTIVA Y PREOCUPACIÓN DE BOFF SE DESCUBRE QUE EL CUIDADO AUTÉNTICO VOLTEA LA MIRADA PRIMERO SOBRE SÍ MISMO Y DESDE AHÍ SE OCUPA DE LOS OTROS Y DE LO OTRO.

El cuidado de sí mismo exige el autoconocimiento, opuesto al "conocimiento" narcisista que nos proporciona una imagen falsa y alienante. Somos diferentes a las demás cosas que se encuentran en el mundo, pero no superiores a ellas. La conciencia que nos hace distintos también nos hace responsables.

Existen dos actitudes o virtudes que acompañan al cuidado de sí y al cuidado del otro; al cuidado de sí mismo la expresión máxima que le acompaña es el amor; al cuidado del otro la manifestación suprema que se revela es la amistad. El cuidado del otro, en tanto amistad, atiende las situaciones de la vida en estado de bienestar o en estado de vulnerabilidad. Cada una de estas virtudes encuentra su modo de realización en las actividades de la vida cotidiana.

4. El cuidado como *ethos*

Como ya mencioné anteriormente, el hombre es ontológicamente cuidado, de modo que el cuidado no puede limitarse a una expresión óntica, práctica o particular, sino que, en razón de su constitución ontológica, el cuidado posee un carácter ético: el hombre realiza el bien mediante el cuidado.

El *ethos*, como morada, está marcado por su carácter existencial; morada no se refiere a la construcción material, física, sino al modo de ser; ésta nos revela el modo de ser de las cosas y de las personas, modo de ser en-relación-con. De ahí que la morada sea originalmente nuestro *ethos*: nuestro modo de ser en-relación-con el mundo y los otros. Si esta relación se deteriora o se destruye es impostergable la recuperación de la ética; de ahí la tarea que nos impele a reflexionar y reconstruir nuestra morada.

Boff comenta al respecto: "En sentido existencial, la morada significaba —y significa también para nosotros— la red de las relaciones entre el medio físico y las personas" (Boff, 2004, p.40). La morada como nuestro modo de ser en-relación-con lo otro y con los otros nos pone en el camino de la responsabilidad, del cuidado, de la vigilancia, de la "vuelta" hacia una manera diferente de vivir y comportarnos.

Por morada podemos entender nuestra casa, nuestra ciudad, nuestro Estado, nuestra patria o nuestro mundo, con sus costumbres, cultura, modos de organización, valores y principios que contribuyen a la formación de nuestro modo de ser y actuar. Por eso la morada tiene que ver con el carácter, con el talante que abre posibilidades de vida en convivencia-con. ¿Será éste el *ethos* de nuestra civilización actual? ¿O es que hemos extraviado el rumbo?

Boff señala varios caminos que dan cuenta del ejercicio equivocado de la razón. Ésta, a modo de ejemplo, se olvidó del ser y se concentró en el ente, fruto de la autonomía de una razón puramente instrumental-analítica que sólo tiene oídos para escuchar la voz de la exterioridad, olvidándose de la interioridad. Una razón que sólo tiene frente a sí sus propios raciocinios, intereses, deseos e inquietudes, pero que se olvidó del otro, del cuidado, del bien común y equitativo, de una razón solidaria que es la que muestra el carácter del *ethos* como morada común y compartida.

Cuando nos referimos al cuidado con pretensiones de universalidad ética es porque le reconocemos que pertenece a la esencia concreta del ser humano y, en este sentido, de ningún modo anula la diversidad o pluralidad, más bien asume la diversidad en una tarea común.



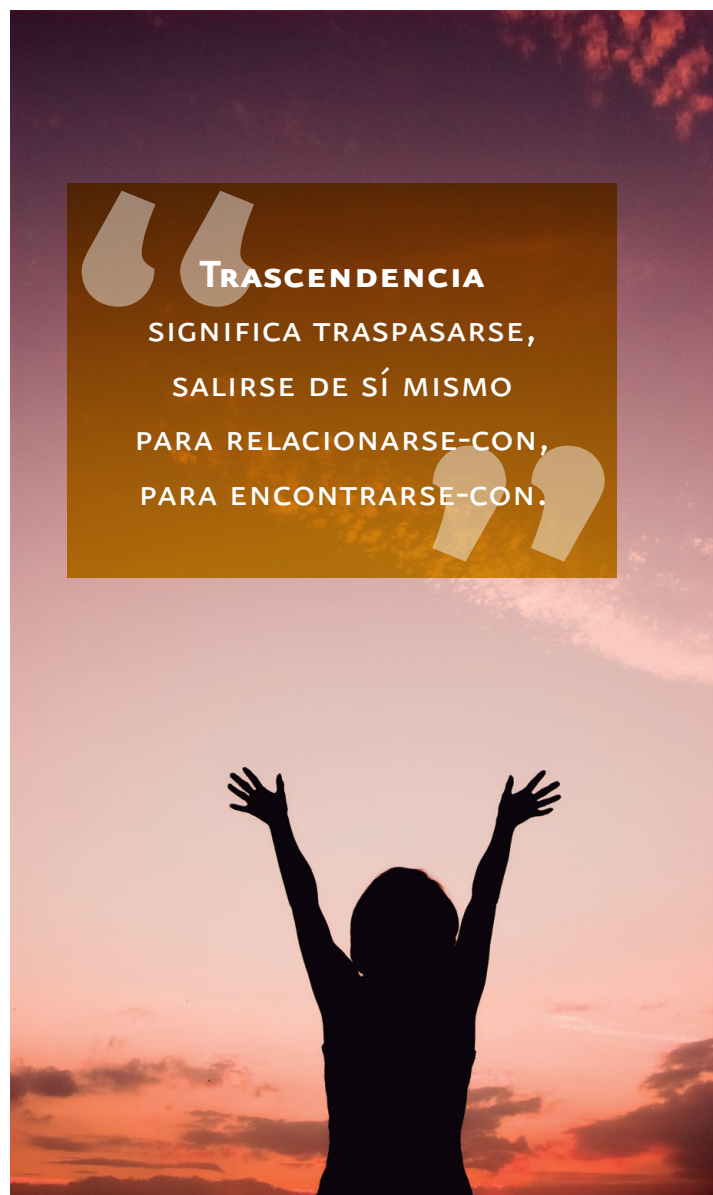
La justicia atiende específicamente las partes, el cuidado mira la totalidad; justicia y cuidado proceden con lógicas diversas, no opuestas, antes bien se complementan. Dice Boff que en la práctica de la vida cotidiana: "Todo debe ser hecho en la justa medida, que es lo óptimo relativo. Encontrar esta justa medida es obra de la razón prudente, transformada en sabiduría práctica" (Boff, 2012, p. 69). De donde podemos claramente entender que la justicia, como el medio justo óptimo, corresponde perfectamente al cuidado.

En el mundo occidental, comenta Boff, los dos paradigmas a los que se hace referencia son: el de la ética de la justicia y el de la ética del cuidado; ambos deben ser concordantes para formular principios o normas con pretensiones de universalidad. Y la justicia³ debe estar presente en todas las virtudes; justicia como justo medio.

Si el cuidado revela nuestro modo de ser, parece que nos hemos distanciado de éste nuestro modo de ser. El que se identifique como estructura originaria de nuestro modo de ser no significa que no se deteriore. ¿Será que nuestra esencia humana está en riesgo de perderse? Y si el cuidado posibilita la existencia en tanto existencia humana ¿qué pasa cuando éste no aparece en toda actividad humana que debe ser acompañada por el cuidado? Éstas y muchas interrogantes más interpelan al hombre como ser de cuidado. En el orden personal, social, político, laboral, lúdico, comercial, el ser de cuidado se expresa o se oculta. Y de una u otra forma revelará su naturaleza.

Sin embargo, parece que no sólo hemos disminuido este modo de ser propio, sustantivo, sino que lo hemos degradado a un modo de "comportamiento" sometándolo al dominio del poder, del dinero, de la producción y de la ganancia, lo cual es un reflejo de nuestra pérdida como seres humanos.

Decimos que el hombre es un ser trascendente (cuerpo-espíritu) por su apertura a la totalidad, por su capacidad de traspasarse a sí mismo y de relacionarse con el otro y lo otro. Trascendencia significa traspasarse, salirse de sí mismo para relacionarse-con, para encontrarse-con. "Trascendencia es estar abierto en totalidad a sí mismo, al otro, al mundo y al Infinito. Es su apertura total" (Boff, 2012, p. 111).



³ Recordemos que hay tres tipos de justicia: a) la conmutativa que se realiza entre los ciudadanos; b) la distributiva que ejerce el Estado con los ciudadanos; y c) la legal que se ocupa de regular la relación de los ciudadanos con el Estado.

¿Qué relación guarda el cuidado con nuestro planeta, con el medio ambiente y con la ética? Hemos dicho que el carácter ontológico del modo-de-ser-cuidado no se limita al hombre, sino que se manifiesta en todo cuanto el hombre piensa, hace, crea; con todo cuanto se relaciona, co-existe y con-vive.

En estos términos le confiere al cuidado una connotación ética sustantiva, es decir, es un constitutivo de nuestro modo de ser y actuar en el mundo. No se refiere a una acción aislada provocada por situaciones de riesgo inminente. Él mismo le asigna la nominación de imperativo categórico ético, en los siguientes términos:

Si quieres salvar este bello y pequeño planeta, tu hogar humano, si quieres salvar la diversidad de formas de vida, si quieres salvar la civilización humana y si quieres salvarte a ti mismo, entonces empieza ahora mismo a cuidar de todo y de todos, porque fuera del cuidado no hay salvación para nadie (Boff, 2012, p. 149).

Cuando el hombre reflexiona sobre sí mismo y es capaz de trascenderse es entonces cuando se concibe como parte del cosmos, del universo, y es cuando descubre su *ethos* del cuidado que se expresa en responsabilidad, solidaridad y compasión con el todo. Pero, ¿cómo llevar este proyecto a la realización de la vida práctica y cotidiana? Boff piensa que este *ethos* debe expresarse a través de las diversas morales: "(valores, actitudes y comportamientos prácticos) dependiendo de las diversas tradiciones culturales y espirituales".

Bajo la dinámica de una visión y constitución del mundo sustentada sólo en el desarrollo y el progreso nos encontramos con dos actitudes radicalmente opuestas: la del conquistador y la del cuidador (vigilante, custodio, guardia). La primera nos permite imaginar la conquista de lo inimaginable; es tal el horizonte de posibilidades que se le presentan al hombre que sin ningún pudor, seducido por el anhelo de conquistador, puede desquiciarse su propio hábitat. La segunda nos hace volver a nuestra propia esencia: seres de condición contingente que buscan el sentido integrador de la vida; el hombre asume su responsabilidad como ser-en-el-mundo.

Boff apunta que un *ethos* que va más allá de la razón permite que nazca y crezca un *ethos* del amor, del cuidado, de la responsabilidad, de la solidaridad, de la compasión y, finalmente, se conforme un *ethos* "integrador". El mismo autor desarrolla los dos modos-de-ser-humanos-en-el-mundo: modo-de-ser-trabajo y modo-de-ser-cuidado. Ambos son diferentes, pero complementarios. Sin embargo, en el curso de la historia se han distanciado y, en ocasiones, excluido (Boff, 2002, pp. 74-86).

El modo-de-ser-trabajo ha hecho su intervención en la naturaleza bajo el régimen de la razón lógico-instrumental. Su modo-de-ser-humano se expresa sólo como *logos*. A la naturaleza se le reduce a objeto de conocimiento, de manipulación, de beneficio individual o comunitario. Se la mira en términos de funcionalidad, utilidad, confort material. Se le considera como fuente de producción ejerciéndose sobre ella poder y dominación que no se limita a ella misma, sino repercute también en el mismo hombre.

En cambio, el modo-de-ser-cuidado se dirige a la naturaleza con el propósito de *interactuar* con ella; ya no es objeto de manipulación y explotación, sino sujeto de relación, de reconocimiento y de responsabilidad; la razón imperante ya no es *logos*, sino *pathos*, expresión del sentimiento y de la convivencia; el hombre se mira como parte de ese todo; ya no domina la idea del antropocentrismo, sino del hombre como parte de la naturaleza:

Este 'modo-de-ser-en-el-mundo', en forma de cuidado, permite al ser humano vivir la experiencia fundamental del valor, de aquello que tiene importancia y cuenta definitivamente. No del valor utilitarista, sólo para su uso, sino del valor intrínseco de las cosas. A partir de ese valor sustantivo surge la dimensión de alteridad, de respeto, de sacralidad, de reciprocidad y de complementariedad (Boff, 2002, p.78).

Boff insiste en que el modo-de-ser-cuidado va acompañado de un conjunto de valores que nacen desde la interioridad y que se reflejan en la actividad vital; tales valores (virtudes) son amor, *phronesis*, ternura, caricia, amabilidad, convivencia y compasión (Boff, 2002, pp. 87-106).

He comentado que el cuidado es una estructura constitutiva del ser humano en su totalidad: cuerpo-mente-espíritu. Es al cuidado al que le compete orientar cada una de estas "partes" con miras a descubrir la dirección correcta que produzca el equilibrio, la armonía.

5. El cuidado y su implicación en la salud (el cuerpo)

El cuidado de sí mismo implica también el cuidado del cuerpo, pero ¿qué es el cuerpo? Distanciándonos de la influencia griega que pensaba al ser humano como un compuesto de cuerpo y alma, la antropología actual — de acuerdo con Boff— propone que: "El ser humano es fundamentalmente cuerpo. Un cuerpo vivo y no un cadáver, una realidad bio-psico-energético-cultural, dotada de un sistema perceptivo, cognitivo, afectivo, valorativo, informacional y espiritual" (Boff, 2012, p. 93). Se trata de una "unidad" perfectamente estructurada, sin posibilidad de disolución. El ser humano es un cuerpo espiritualizado y un espíritu corporeizado. Apunta Boff:

En este sentido podemos decir que el espíritu es visible. Cuando, por ejemplo, miramos una cara, no vemos solo los ojos, la boca, la nariz y el juego muscular. Notamos también alegría o angustia, resignación o confianza, brillo o abatimiento. Lo que se ve es, pues, un cuerpo vivificado y penetrado de espíritu (Boff, 2012, p. 94).

No hay cabida para pensar que el cuerpo es cárcel del espíritu; antes bien, el cuerpo y sus manifestaciones son expresiones de la profundidad del espíritu. En él se revela su fuerza y su debilidad, su finitud y su esperanza. Los dualismos no sólo dificultan las comprensiones integrales, sino fragmentan y distorsionan el sentido de la vida. La integralidad del hombre no sólo se centra en sí mismo, sino que alcanza a los demás seres con los que se relaciona y vive. Debido a tal condición es que requiere del cuidado de sí mismo y de los demás.

Sólo él puede ser un ser ético, un ser que cuida y se responsabiliza por sí y por el destino de los otros. El ser humano puede ser hostil a la vida, oprimir y devastar, pero puede ser también un ángel bueno, defensor y protector de todo lo creado. Depende de si se empeña en cuidar o deja que fuerzas oscuras e incontrolables asuman el rumbo de la historia (Boff, 2012, p. 96).

¿Cómo lograr el equilibrio sin extralimitarnos en el culto al cuerpo o en el menosprecio al espíritu? Las huellas que va dejando el tiempo, el trabajo, las preocupaciones de la vida no sólo se hacen manifestas físicamente, también son expresión del modo de vida recorrido. El rostro, como parte del cuerpo, revela también la plenitud o la penuria de la vida vivida. "El ser humano-cuerpo debe dejar que se transparente la armonía interior y exterior, como miembro de la gran comunidad terrenal y biótica" (Boff, 2012, p. 99).



Sin embargo, el cuerpo no se agota en lo individual, también se encuentra el cuerpo-social cuyo cuidado reclama una pronta atención político-social humanitaria. Quizá este cuerpo, por su generalidad, sea el más deteriorado por la carencias elementales, como lo es el alimento, la educación, el trabajo, la salud y todo lo que atañe a la vida espiritual del mismo, como es el respeto a su dignidad, a su cultura y a sus modos de vida comunitaria. El autoconocimiento conlleva el cuidado de sí mismo. En tanto más nos conozcamos más cuidado tendremos de nosotros y así nos aceptaremos interior y exteriormente. Con respecto al cuerpo, dice Boff: "Nada más ridículo que la construcción artificial de una belleza fabricada que no está en consonancia con una belleza interior. Se pierde la luminosidad y gana lugar la vanidad vacía de brillo" (Boff, 2012, p. 83). La enfermedad no es otra cosa que el mal que provoca el desequilibrio en la armonía de las partes que deben integrarse en la totalidad.

Normalmente nos ocupamos del cuidado de nuestro cuerpo y de lo que le rodea; nos enfocamos en el cuidado físico y material. Tampoco descuidamos la parte mental, pensamientos, deseos, intereses e inquietudes, pero poca atención dedicamos a la parte espiritual, quizá se deba a su desconocimiento. ¿Qué atañe propiamente al cuidado espiritual? Boff ratifica al respecto:

Cuidar el espíritu significa cuidar de los valores que orientan nuestra vida y de los significados que suscitan esperanza en el más allá de nuestra muerte. Cuidar el espíritu implica poner los compromisos éticos por encima de los intereses personales o colectivos. Cuidar el espíritu exige alimentar el rescaldo interior de la contemplación y de la oración para que nunca se apague (Boff, 2002, p. 125).

Es aquí donde el autor asigna un lugar especial a Dios; es en esta relación donde el espíritu encuentra su plenitud presente y futura.

Hablamos también de la dialéctica de la reciprocidad del cuidado, es decir, de la reciprocidad entre cuidar y ser

cuidado. No es suficiente pensar, atender y recuperar el impulso humano del cuidar, también se presenta la necesidad de ser cuidado. No basta con ser cuidador, sino también ser cuidado. ¿Quién cuida al cuidador? Es tarea humana construir una comunidad que cuide al cuidador.

Desde la perspectiva de la reciprocidad, cuidar y ser cuidado, Boff dice que podríamos asumir la siguiente conclusión:

Formalizando una ética del cuidado diríamos: hay un dato de base que es la predisposición natural de cuidar y el deseo de ser cuidado. Este es el dato ontológico previo que impregna toda la existencia humana en cuanto humana. Es el carácter de universalidad de esta ética (Boff, 2012, p. 77).

En este ejercicio de reflexión, otra de las conclusiones a las que hemos llegado es que debemos preguntarnos no solamente sobre el destino final y común de la especie humana, sino ¿qué será de nuestra casa común, la Tierra? ¿Quién vigilará y atenderá estos intereses comunes que sobrepasan los económicos, materiales, de consumo, de sobrevivencia en el planeta? Boff sostiene que ciertamente esta tarea no la hará el liberalismo que es ciego, sordo y mudo a los intereses generales. Habrá que buscar otra alternativa.

El concepto mismo de "bien común" tendrá que dar un giro, es decir, ya no se puede aplicar sólo a los seres humanos, debe incluir también a la Tierra, al medio ambiente, a los animales, pues todos ellos forman parte de nuestra casa común. A este concepto debemos incluir, además, los conceptos de fraternidad, solidaridad, cuidado, responsabilidad, cooperación, justicia e igualdad que abrirán caminos nuevos de vida en común.

Cuidado no es sólo una estructura humana; todos los seres son cuidado; cuidar y ser cuidado conforman el ser de toda la Tierra, de todo el universo. Nace el deseo, el sentimiento del cuidado como una actitud o disposición ética que nos caracteriza a los seres humanos: somos seres de cuidado, somos seres éticos.

Al término de su libro *El cuidado esencial. Ética de lo humano, compasión por la Tierra*, Boff dedica breves páginas para expresar sus conclusiones. Respecto al cuidado dice que es "como la clave descifradora de la esencia humana" (Boff, 2002, p. 155); pero, aun cuando se ha insistido en el cuidado como estructura humana originaria, no se puede perder de vista el carácter dinámico, de desarrollo y construcción del mismo; no se puede entender como algo estático o acabado. Su naturaleza revela su constitución trascendente, immanente e histórico-utópica (temporal). Para su explicación, el autor recurre a la fábula-mito del cuidado (Boff, 2002, pp. 35-56). Otra conclusión relevante que nos ofrece este autor tiene que ver con la ética, modo-de-ser; no hay que buscar el *ethos* fuera del ser humano, sino dentro de sí mismo, "entendido en su plenitud que incluye el Infinito. Necesita volver sobre sí mismo y descubrir nuevamente su esencia, que se encuentra en el cuidado" (Boff, 2002, p. 157).

Para finalizar, he de hacer mención de una idea que actualmente circula en algunos textos que asumen una actitud crítica sobre el funcionamiento de la ética, por su escasa atención a los fenómenos ecológicos que reclaman reflexión, y mencionan que ésta ha llegado demasiado tarde. Pienso, más bien, que somos nosotros los que hemos llegado demasiado lejos y no queremos plantearnos las preguntas éticas porque no deseamos enfrentarnos a las verdaderas consecuencias que son desafiantes para la conducta, para la vida y, finalmente, para el ser del hombre. Un modo de justificar nuestra falta de compromiso con esta situación ecológica es recurrir a ese pronunciamiento falaz de que la ética ha llegado demasiado tarde. La ética conlleva una reflexión crítica acerca de nuestra realidad presente, cosa que nos parece poco oportuna y por eso buscamos eludir dicha responsabilidad.

Así como el ejercicio de reflexión es común, compartido, responsable, así también ha de ser la acción ética.

**LA ÉTICA CONLLEVA UNA
REFLEXIÓN CRÍTICA ACERCA DE
NUESTRA REALIDAD PRESENTE,
COSA QUE NOS PARECE POCO
OPORTUNA Y POR ESO BUSCAMOS
ELUDIR DICHA RESPONSABILIDAD.**

Referencias

Boff, L. (2002) *El cuidado esencial. Ética de lo humano, compasión por la Tierra*. Madrid: Trotta.

———. (2012) *El cuidado necesario*. Madrid: Trotta.

———. (2004) *Ética y moral. La búsqueda de los fundamentos*. Santander: SalTerrae.

Heidegger, Martin. (2003) *Ser y tiempo*. Madrid: Trotta.

———. (2002) *Interpretaciones fenomenológicas sobre Aristóteles. Indicación de la situación hermenéutica*. Informe Natorp. Madrid: Trotta.